

ALDO TORRES

ALFONSO REYES, EL EXEGETA

Alfonso Reyes nació en Monterrey, Estado de Nuevo León, México, el 17 de mayo de 1889. Hijo de general, acaso estuviese destinado a la carrera de las armas; la de las letras lo ganó desde muy temprano. Publica los primeros versos en "El Espectador", de su ciudad natal, en 1905. De 1911 es su primer libro, "Cuestiones estéticas", editado en París. Los grupos de "Revista Moderna" y "Savia Moderna", en la capital, lo cuentan entre los suyos. En regular escalonamiento de estudios, primarios, secundarios y universitarios, pone fin a los de Leyes en 1913; mas, presionado por la pólvora del torrente revolucionario que desatan Carranza, Villa y Zapata, marcha a Francia. La guerra mundial inmediata lo hará buscar refugio en España, donde permanecerá a firme hasta 1924. Evocando su venida a los lares castellanos, un comentarista español ha expresado de él, recientemente, que "era un mexicano pasado por París"; como quien dice, "un huevo pasado por agua" . . .

Extrañamiento del escritor.

Pertenece Alfonso Reyes a un período de transición, que lo era en toda la América del Sur, salvo leves diferencias cronológicas. Puede que su adelantado gongorismo lo defendiera de tradiciones decimonónicas retardatarias y esterilizadoras, aun cuando la poesía no hubiese de ser el predio de sus vastos cultivos. Es el más joven de ese grupo finisecular, todavía inmerso en la marea poética suscitada por Darío, que constituyen Luis G. Urbina, Amado Nervo, Juan José Tablaba, Enrique González Martínez y Ramón López Velarde. En

este siglo y en plena renovación se le adelantan, pero no lo sobrepasan, Estrada, Pellicer, Gorostiza, Torres Bodet, Villaurrutia, Novo.

Reside y labora, la mayor parte de sus días, en tierras extrañas. Proyecta sus estudios en torno a figuras y valores de la cultura universal, clásica, moderna, contemporánea. Por los años en que ingresa al comercio espiritual de España, Eugenio D'Ors, miniaturista enorme del discurso, glosa sobre "Cuestiones Americanas" ("Glosas", Calleja, 1920): "¿De qué le sirve a un país tener Presidente de la República, Cámara Alta y Cámara Popular, Tribunal Supremo, ejército y moneda propios, cuando la más alta ambición de sus escritores se cifra en llegar a ser nombrados miembros correspondientes de la Real Academia Española?"

No era el predicamento de Reyes. Sin embargo, sería interesante que alguien estudiara las causas y efectos del extrañamiento de nuestros intelectuales en aquel entonces, sea por voluntad propia, por abrazar la diplomacia o por los avatares de la política.

Sin ir muy lejos encontramos el caso de otro mexicano, Francisco A. de Icaza; español, sin duda, para muchos. Algo similar ocurrirá con los chilenos Edgardo Garrido Merino y Miguel Luis Rocuant. Todos tres publicaron el grueso de su producción en el viejo solar del idioma. Merino y Rocuant están ausentes de las nóminas manuales e históricas de su país. Respecto de Icaza no estamos en condiciones de opinar. ¿Y qué de ellos, como de tantos, tantos más, en la madre patria? Circunscribiéndonos a Reyes, todavía no hemos descubierto el ensayo extenso y despacioso, de pluma indígena peninsular, acerca de su elevado y diligente magisterio en beneficio de un deslinde claro y distinto, pongamos por caso, de un Góngora, de un Lope, de un Calderón.

Deber del erudito.

Entre las mejores monografías de Reyes destacamos, en especial, la que consagrara a su compatriota Juan Ruiz de Alarcón (1581?-1639). Valiosa es, pues, ilumina, por refracción, la conducta estilística de quien la escribiera. Permite observarlo en abierto ejercicio de su función específica. ¿No se ha dicho y repetido *ad infinitum* que el estilo es el hombre? Su destreza técnica de perquisidor se acusará, con rei-

terada evidencia, en "Un tema de la vida es sueño" ("Trazos de Historia Literaria". Austral, 1951).

El pobre Ruiz de Alarcón, corcovado de pecho y espalda, llega a España, la del Siglo de Oro; atraído, quizás, por el laurel glorioso y, seguro, por el natural anhelo de un bienestar material y económico. Guarda, además, por ahí, un título en receso que pretende reactualizar. Ello le dará derecho al vocativo de "don". Realiza estudios universitarios. Hace oposiciones. Goza de la protección de los poderosos. Emprende actividades mercantiles. Es hombre de propósitos sostenidos, paciente y ejecutivo.

Cuando se adentra en las lides del teatro, despliegan ya la flor de sus aptitudes los grandes genios de la centuria, cuyos fulgores no declinan: Calderón, Lope, Tirso. También él se convertirá en lumbrera. Sin la monstruosidad legendaria de Lope, no sólo aumenta los quilates de la dramaturgia clásica, sino que crea y consolida la comedia de costumbres en ambas vertientes pirenaicas. No obstante, haga lo que haga nuestro buen don Juan, lo que sea y cuanto sea, no levantará un corro de generosas y espontáneas alabanzas, sino cruel y viscosa fanfarria de burlas y befas, escarnio intensivo y sin tregua. Y él, ¿tan campante? En rigor, no se ha explorado, debidamente, ese corazón alarconiano que latió y trascendió entre dos deformidades.

Inagotable, por cierto, es la retahila de prendas verbales, derivadas de su doble defecto físico, con que sus coetáneos le regalan. Espigemos algunas: "Zambo de los poetas", "Hombre que de embrión parece que no ha salido", "Don Talegas por una y otra parte", "Tiene para rodar una bola a cada lado", "Colchado en melones", "Baúl-poeta, semienano o semidiablo", "Formado de paréntesis", "Burla del sexo viril, melindrillo de naturaleza". Un regidor letrado le dedica la quintilla siguiente:

Tanto de corcova atrás
y adelante, Alarcón, tienes,
que saber es por demás
de dónde te corco-vienes
o adónde te corco-vás.

Alfonso Reyes, en tanto, procede como un naturalista; se manifiesta con la frialdad que vulgarmente juzgamos patrimonio del cientí-

fico. Nos muestra, por lo menudo, cuanto hay de conochedero sobre Ruiz de Alarcón: su historia familiar, sus estudios, sus viajes, sus ansiedades y calculaciones crematísticas, sus moderadas vanidades, sus afanes artísticos, sus recatados amores. Entre dos o más datos sabe escoger el que mejor integra una noción; rectifica, con autoridad, una fecha, un nombre, un vocablo. La piqueta de su estilo discrimina con voluptuosa decisión; pero sin mengua de la sagrada veneración del hecho. Y, a pesar del escalofrío que su deber profesional nos transmite, no podemos desconocer que la senda ha quedado expedita para quien aspire a recorrerla sin dificultades.

“Aquí sólo hemos pretendido copiar algunos *datos amenos* (subrayamos nosotros), todos relativos a las burlas que el poeta sufrió”. He ahí la conclusión consiguiente a la exposición de encarnizados insultos. Más adelante entreabre, apenas, el erizado terciopelo de una intimidad recóndita: “Entre la revuelta jauría literaria, burlado y herido, Ruiz de Alarcón no se convence de que la naturaleza humana sea fundamentalmente mala, y busca a su optimismo, por todos los medios, una convicción externa, objetiva.” Y agrega: “Dudamos de que haya sido feliz.”

Muchos entendidos están acordes en que las máximas cualidades morales de Juan Ruiz de Alarcón eran la moderación, la urbanidad y la cortesía. Testimonios directos comprueban que también lo eran de nuestro Alfonso Reyes.

Encuentro con Azorín.

Estamos en 1915. Azorín publica “Al margen de los clásicos”, primorosamente editado por la Residencia de Estudiantes. Entre las páginas iniciales se desarrolla un trozo acerca de Jorge Manrique. El coplero eterno “es una cosa etérea”, “es un escalofrío”, “es una ráfaga”. Es que Azorín interpreta. “La crítica —esclarece— no puede apoyar mucho sobre una de estas figuras; se nos antoja que examinarlas, descomponerlas, escrutarlas, es hacerlas perder su encanto.” E introduce en su texto, con gran sorpresa del lector pundonoroso, la memoria de una mujer. De los deliciosos momentos compartidos con ella, Azorín confiesa, interrogativamente y con dos versos de Manrique: “¿Qué fueron sino rocío de los prados?”

Redacta Alfonso Reyes, aquel mismo año, unos “Apuntes sobre Azo-

rín”, recogidos en “Los dos caminos” (Madrid, 1923). En tales “Apuntes” se discute la timidez, el bovarismo, la lectura en Azorín y, respectivamente, se afirma: “Como no es orador, escribe”, “Es posible que el señor Martínez Ruiz sea tímido; pero ese pequeño filósofo que él ha inventado, ése ha dicho sobre la vida y el arte españoles, si no las cosas más audaces, las más personales”, “A veces escribe porque lee, y a veces escribe lo que lee”. El escritor mexicano no resiste formular “Algunos reparos”. ¿Cómo admitir que Azorín mezcle las funéreas coplas seculares, el luto hecho canción, con un deleitoso recuerdo femenino? Reyes pone en tela de juicio la veracidad de Azorín. ¿Por qué éste no había de ser sincero al registrar eso que para alguien pudiera revestir incongruencia o, simplemente, una barbaridad?

Idéntica sensación de rechazo domina en Reyes cuando al impertertable Azorín, en el citado libro, le da por *contar* los “viejos romances, centenarios romances, romances populares”. El autor de “Los dos caminos”, perplejo ante tamaña novedad, se pregunta, preocupado, por la eficacia de tales experimentos retóricos, y dictamina, al fin, que los romances, tal como nacieron del anonimato, bien escritos están; que no se debe, so peligro de dañarlos mortalmente, vaciarlos en otro medio de expresión.

Recontar algo, cualquier cosa, se viene practicando desde tiempos inmemoriales. En poesía, hoy, la antigüedad resuena como una repetición. La cultura, en general, ¿no es un contar y un volver a contar incesantes?

Patetismo contenido.

Comenzamos con una ligera reseña del tránsito vital de Alfonso Reyes. Muchacho todavía, debió partir del terruño, abandonar el amado rincón doméstico. A sus espaldas la metralla prolongaba su amplia siembra de duelo.

“Salí de mi tierra, hará tantos años... El río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo. Después se deshizo la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después, nos lo mataron...”

En ciento setenta y cinco palabras, que titula “Romance viejo” (Calendario. N^o 5 de los Cuadernos Literarios que él, José Moreno

Villa y Enrique Díez-Canedo fundaran a fines de 1923), narra la tragedia de su vida, “yendo y viniendo, a rastras con la mujer, el hijo, los libros”.

Los libros... En aquellos “Apuntes”, que hay que leer con más de una intención, cuando aseveraba: “Azorín es un gran lector”, Reyes no colegía que hablaba de sí mismo. Por otra parte, al denominarse “un enamorado de los libros”, tampoco Azorín presumía que su aserto conviniera a otro que Alfonso Reyes.

Se reacciona frente a lo que se ama; ante lo que se proyecta en un sentido paralelo del nuestro, exclusivo, determinante. Porque el amor, en su más alto nivel de pureza, es un radical anhelo de atracción y armonía de contrarios; lo igual provoca desdén y apartamiento.

El infarto cardíaco le había aconsejado instalar cama en su biblioteca, “para morir —son sus palabras— rodeado por mis libros”. Dejó de existir, en Ciudad de México, el 28 de diciembre de 1959. Dejó de existir en la forma prevista y preparada...

Páginas de permanente vigencia compuso Alfonso Reyes. Su Góngora, su Gracián, su Lope de Vega, su Quevedo y, también, su Goethe lo corroboran sucesivamente. Penetraba en los asuntos con un formidable caudal de antecedentes previos; con un estilo meridiano más que brillante, discreto y disertado, que, de pronto, lo potenciaba para dar la nota de transminante patetismo contenido: “Después, nos lo mataron...”

El exégeta.

Muchos son los temas que inspiran la vida y la obra de Alfonso Reyes. El filólogo y el poeta, el erudito, el crítico y el exégeta, el tertuliano, el periodista y el amigo, el conferencista y el maestro. Aun algunos de sus títulos, “El cazador”, “Simpatías y diferencias”, invitan a comprobaciones psicológicas que no sería en vano plantearse. Queda el helenista, nexo de claridad entre su apremiante juventud y su madurez consumada. Luego habría que confrontarlo, a él, con su vasto complejo vital; carearlo con su época, seguirlo y perseguirlo en las múltiples ramificaciones de su global ejecutoria; someterlo a la prueba del concentrado fuego purificador que se nutre de espacio y de tiempo.

El erudito compulsaba abstracciones de fechas, sucesos y reminiscencias; el crítico analiza, descompone, multiplica o atomiza. El exégeta es un devoto apasionado del objeto de su atención; exalta, expone, justifica; limita, de vez en cuando, con cierta laya de amaneramiento sentimental que se traducirá en valoraciones únicas o excesivas. No importa. En última instancia propiciará la comprensión de lo propuesto, por analogía, por coincidencia, por contraste.

No hay saltos ni botas de siete leguas en el orbe de las ideas. Las hormigas del conocimiento prenden, eslabonan la materia; avanzando y retrocediendo, la sopesan, la modifican conforme a necesidades rectoras fundamentales.

Nos quedamos, pues, con el exégeta.

Madrid, 6-III-60.